

Los héroes ignorados¹



El 6 de Línea ha sido un cuerpo donde el espíritu de batallón ha llevado siempre a oficiales y soldados hasta la heroicidad.

Sus filas no han contado nunca con un flojo, y si por desgracia lo ha habido, sus veteranos se han manejado de modo que bien pronto lo han hecho cambiar de número.

A pesar de esta bravura soberbia, a pesar de ese espíritu de cuerpo insolente muchas veces, en las filas del 6 había un soldado cuya temeridad lo hacía aparecer más valiente que ninguno.

Éste era el negro Leopoldo Montenegro, de la Compañía de Cazadores que mandaba el teniente José Inocencio Arias.

El negro Montenegro era el soldado más alegre del 6.

Sus farsas se contaban en las cuadras como leyendas fabulosas, y en el campamento raro era el día que pasaba sin alguna aventura traviesa o un hecho heroico llevado a cabo por Montenegro.

Y no había combate en que el negro no se distinguiera por alguna circunstancia especial o por alguna travesura heroica que

muchas veces ponía en conflictos al teniente Arias.

Dos hechos, sobre todo, recuerdan los oficiales del 6 que pintan admirablemente aquel noble y bravo carácter.

La batalla del 24 de mayo fue la más sangrienta de la guerra del Paraguay.

La sorpresa había sido completa; una gruesa columna de Caballería había cargado sobre el campamento, sin que las compañías tuvieran siquiera tiempo de numerarse.

El 6 de Línea que marchaba en protección del 3, se había visto obligado a formar cuadro, para defenderse de los escuadrones que sableaban al 4. sin dejarlo formar.

La Compañía de Cazadores formaba la cuarta cara y se batía de una manera imponderable.

El campo de batalla estaba en una confusión terrible; por todos lados cruzaban grupos de caballería paraguaya que se acercaban a matar artilleros hasta sobre los cañones, sembrando el espanto y la confusión por todas partes.

Montenegro en un descuido, indujo a un compañero y se dispararon de las filas del

¹Gutierrez, Eduardo. "Croquis y siluetas militares"; 1a ed. - Buenos Aires: Edivern, 2005; p. 23.

cuadro, aprovechando un momento de distracción del teniente Arias.

Y cargando el rifle ganaron el monte que había enfrente, verdadero hormiguero de paraguayos.

La falta de los dos soldados fue notada, y el teniente Arias no tuvo más remedio que ir a buscarlos en persona al peligroso monte.

-¿Qué hacen aquí, bribones? -preguntó Arias-. A las filas, pícaros

-Por Dios, mi teniente -dijeron-. Estamos esperando aquel abanderado que va a pasar por aquí, para quitarle la bandera. el abanderado del regimiento paraguayo que cargó primero, único que quedaba como última muestra de su bravura, venía a pasar por el monte. Pero a pesar de sus buenos deseos, Montenegro y su compañero tuvieron que volver a las filas abandonando su presa.

La noche había caído por completo en Lomas Valentinas, y las avanzadas paraguaya y argentina seguían batiéndose, estero por medio con un encono de perros. La Legión militar había sido relevada por el 3, el 3 por el 4, éste por el 6, y el combate amenazaba no concluir nunca.

La noche era tan oscura que era preciso espiar los fogonazos para hacer los disparos, porque los soldados no podían ver ni al que tenían al lado.

Y los fogonazos se repetían uno tras otro, sirviendo de blanco al adversario que con tal objeto los espiaba.

El coronel Rivas, jefe de la línea, estaba fatigado de tanto fuego al acaso, que no dejaba de causar bastantes bajas.

-Es preciso que esto termine al fin -dijo a Campos, jefe del 6-, porque no se puede estar peleando así toda la noche. La tropa está fatigada, no ha comido hoy, y según va la cosa relevando cuerpo tras cuerpo, no podrá comer ni descansar en toda la noche. Es preciso terminar esto de una vez, y me parece que para lograrlo sería conveniente dar una carguita de bayoneta.

-La cosa es difícil, pero no imposible – contestó el valiente Campos-. Estamos peleando al fogonazo, y cargar a la bayoneta entre el monte y bajo semejante oscuridad, es expuesto. Sin embargo, si usted manda cargar, yo cargo, con el 6.

- Me parecería bien: prepárese compañero, y pegue una carguita como las que da siempre el 6.

El comandante Campos empezó a pasear delante del 6, que estaba en batalla, tomando todas aquellas medidas que la prudencia aconseja y recomendando a los comandantes de compañía la mayor vigilancia.

-Vamos a cargar a la bayoneta; que ninguno se separe de sus compañeros, porque se va a perder; que estén todos reunidos, y que ninguno salga de la formación bajo ningún pretexto.

El 6 escuchaba atentamente la voz de su jefe, saliéndose de la vaina por cargar cuanto antes.

En cuanto el trompa tocó a la carga se sintió un feroz golpeteo de boca, y Montenegro se desprendió de las filas y cargó solo, dando alaridos espantosos.

Sorprendido con aquella chillería, capaz por sí sola de alarmar el campamento y hacer fracasar la carga, dio vuelta el comandante Campos y vio al negro que cruzaba el estero redoblando sus gritos y a son de carga.

-¡Ah, negro trompeta! – exclamó, y no pudiendo contenerse le envolvió la cabeza de un latigazo, mandándolo a las filas.

-¡Vean lo que hacen los jefes! –gritó el negro sintiendo la vergüenza de la afrenta y relampagueantes los ojos bravíos en medio de la oscuridad de la noche.

Y trémulo y silencioso volvió a ocupar su lugar en las filas sin que volviera a escucharse su voz alegre.

El 6 de línea cargó con el brillo de siempre, y los paraguayos fueron pronto desalojados de su posición.

Montenegro había cargado en la punta con imponderable bravura.

El capitán Arias lo había admirado en su valor magnífico y el mismo Campos lamentaba aquel latigazo que se había visto forzado a darle, castigando en el pobre negro un acto de arrojo que comprometía el éxito de la carga.

El negro cargó en lo más recio del choque y se metió entre el enemigo, bayoneteando sin piedad, como una máquina de muerte.

Y no se lo volvió a ver más en las filas del 6. El pobre negro, sin duda para olvidar la afrenta del latigazo se había metido entre el enemigo buscando la muerte.

En vano se buscó su cadáver al otro día, con el mayor empeño. Montenegro no volvió a aparecer, ni vivo ni muerto ■